

¿Insatisfacción ante el magisterio de la iglesia?

J. branco

“Todo el que cree en alguien, se adhiere a su palabra. Luego, lo que aparece como principal y como poseyendo de alguna forma el valor de fin en todo el acto de creer, es la persona a cuya palabra se adhiere. Y las verdades afirmadas en esta voluntad de adherirse a una persona, se presentan como algo secundario”.

Sto. Tomás, II.^a II^{ae}, XI, 1

La lectura de los artículos anteriores nos hace constatar por un lado, que el Magisterio se ejercía en la Iglesia primitiva como un servicio prestado a la comunidad, unida por el compromiso total de adhesión a la persona de Cristo y vitalizada por la actuación del Espíritu manifestado en diversos dones. Y por otro; cómo algunas veces ese Magisterio, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha sido profundamente influenciado por estructuras políticas y sociales, y determinado por ellas.

El Magisterio ha surgido modernamente como problema, cuando el movimiento de la historia criticó y superó algunas de sus expresiones pasadas, y la comunidad cristiana empezó a sentir que el Magisterio en su ejercicio seguía manteniendo las estructuras anteriormente adquiridas. El desfase entre el Magisterio, que se expresa según estructuras históricas pasadas, y el dinamismo de la fe de la comunidad cristiana, que exige seriamente nuevas expresiones de su fe, estará en el origen de la insatisfacción que se puede verificar hoy día frente al Magisterio de la Iglesia.

Esta insatisfacción, además de su explicación histórica, creemos que nace también de que no se sabe verdaderamente lo que es el Magisterio y lo que hay que pedirle.

Hay una falsa noción de cual es el servicio que el Magisterio está llamado a prestar a la fe del pueblo; y en definitiva esa falsa noción existe, porque todavía se concibe la fe de un modo demasiado intelectualista. El Magisterio es un servicio a la fe del pueblo de Dios, servicio que se puede concebir en dos vertientes: doctrinal (dogma) y kerigmático (predicación). Según que la fe se conciba de un modo personalista o intelectualista, en el Magisterio predominará la predicación o el dogma.

Según una concepción intelectualista, la fe es adhesión a determinadas verdades incluidas en el depósito confiado a la Iglesia. El dogma será la formulación infalible de esas verdades; y la predicación, la enseñanza más o menos adaptada, las diversas explicaciones o deducciones de esas verdades y su aplicación a la práctica. La predicación, por lo tanto, está subordinada al dogma.

Según una concepción personalista, la fe es adhesión a una persona que se comunica y revela. La predicación será el hacer presente a esa persona para el dinamismo personal de la comunidad de los fieles. El dogma, el servicio para este hacer presente, por la delimitación y explicitación de la reflexión universal sobre los diversos aspectos con que esta persona se revela. Aquí el dogma es un servicio a la predicación.

1. CONCEPCION INTELECTUALISTA DE LA FE:

Desarrollemos, pues, el sentido que toma el Magisterio en sus dos vertientes, cuando la fe se concibe como adhesión a verdades. La fe tiende a transformarse en una ciencia "sobre Dios". Lógicamente el desarrollo de la fe debe coincidir con el avance en el descubrimiento de la "verdad" de Dios. El progreso en este descubrimiento se hace científicamente, es decir, por un proceso casi matemático, partiendo de lo revelado y verdades evidentes para llegar a conclusiones "lógicamente" ciertas. El dinamismo de la fe se intelectualiza y su desarrollo consistirá en estructurar todas las verdades adquiridas en un sistema lo más perfecto y acabado posible, en que todo va caminando hacia lo indiscutible. La fe ideal (la fe adulta) sería la que integrara en un sistema racional el conjunto de las verdades que posee o puede poseer el cristianismo, y a él se adheriría con toda la inteligencia. La fe así entendida, llevará necesariamente a la conclusión de que la postura de un ateo supone siempre mala fe o poca inteligencia y que la fe del pueblo sencillo es a los ojos de la razón pobre e incomprensible y no es una fe adulta. En esta postura intelectualista de la fe, la diferencia entre la fe como ciencia sobre Dios y una filosofía de la Revelación está en que, en la primera, las conclusiones a que se va llegando van siendo garantizadas por la jerarquía infalible, y por lo tanto

van siendo afirmadas como verdades de que uno no podrá dudar. Lo que se exige del Magisterio es que dé garantía o certeza a estas diversas conclusiones, aunque esas conclusiones casi no posean significado salvífico o sean cuestiones puramente marginales a la fe. El dinamismo de la fe del cristiano, transformado en una curiosidad intelectual sin límites, es lo que irá a definir el Magisterio en sus dos vertientes que concretan su servicio a la fe del Pueblo de Dios: el dogma, formulando y estructurando la verdad; y la predicación, explicando las formulaciones y estructura del dogma. La predicación se transforma en una enseñanza del sistema, y como este se va tornando y se ha tornado hermético, todo el esfuerzo de la predicación consiste en explicarlo al pueblo. Pero es inútil, porque el pueblo ni lo entiende ni se interesa. Entonces lo que pedirá la jerarquía es que el pueblo se fíe de esas formulaciones dogmáticas, herméticas pero verdaderas, y toda la predicación se transforma en una exhortación moralizante. Y lo interesante es que este planteamiento, que parece debía desarrollar al máximo el dinamismo intelectual de la fe, acaba, en la mayor parte de los casos, por matar ese dinamismo: el cristiano se fía de las formulaciones ya garantizadas por el Magisterio, sin preocuparse de profundizar su propia fe. Es la célebre cuestión de la fe en la Iglesia que sólo indirectamente es fe en Dios. Por otro lado, es curioso también observar cómo una concepción intelectualista de la fe, en su límite, lleva a rebeldía y al descrédito. Porque si la garantía dada por el Magisterio a las conclusiones a que va llegando el cristiano en el desarrollo de su dinamismo intelectual es lo que distingue la fe como ciencia sobre Dios de una filosofía de la Revelación, este criterio último de la certeza que es el Magisterio, terminará por parecer una

imposición y algo "extrínseco" a la fe. Y esta imposición origina la rebeldía. El descrédito surgirá en la comunidad que se fió de la palabra de la Iglesia y de su estructuración y formulación de la verdad, cuando el Magisterio no dé respuestas o soluciones concretas a los problemas que van surgiendo, cuando en el campo moral, por ejemplo, no diga claramente lo que se puede hacer o no hacer en determinadas situaciones, y sobre todo cuando en alguna circunstancia, el Magisterio llegue a admitir un cambio de una opinión anterior.

Es evidente que este desarrollo sobre la concepción intelectualista de la fe, se expone en términos un poco radicales, y que por lo tanto quizás históricamente nunca se haya dado esta situación en la Iglesia. Es solamente un peligro que hay que evitar continuamente y que surgirá siempre que en la Iglesia se sujete la predicación al dogma. Pero también es verdad que alguna de las inquietudes que se reflejan actualmente en muchos cristianos radican en la falsa idea sobre el Magisterio, que proviene de esta concepción intelectualista de la fe. La Iglesia, sinceramente, siempre se ha negado a aceptar esta línea y hoy más que nunca propone y practica el personalismo de la fe.

2. CONCEPCION PERSONALISTA

DE LA FE: en una concepción en que la fe es adhesión a una persona y esa persona es Cristo presente en la comunidad eclesial, el desarrollo de la fe es simultáneo con el conocimiento y entrega que se va teniendo a esa persona. La persona se comunica a otra persona; por signos o símbolos. La fe, entonces, ya no es la aceptación de determinadas verdades sobre Cristo, sino la aceptación de la persona que se me revela, aceptación además, de total compromiso.

Así se puede comprender por un lado, cómo la fe puede surgir del modo más

imprevisto, independientemente de cualquier raciocinio explícito o debate histórico, y por otro lado, cómo el conocimiento o los raciocinios sobre las verdades del cristianismo todavía no son la fe. El ateo es el hombre que aunque haya llegado al "conocimiento" especulativo sobre Dios, no se adhiere a El como persona. Y el hombre de fe sencilla, el que sin necesitar de un proceso especulativo y racional puede captar por signos la presencia de esa persona.

Lo que se pide entonces al Magisterio, es que continuamente haga presente entre nosotros la persona de Cristo, objeto de nuestra fe. Esta es la función de la predicación, que por eso es el principal servicio del Magisterio. Es éste, además, el sentido primario de la palabra "praedicare", que significa anunciar y que expresa mejor el servicio del Magisterio que la palabra "docere" (enseñar).

El lugar por excelencia de este hacer presente es la liturgia, porque es donde Cristo está presente en todas sus dimensiones: por el sacramento y por la palabra. El dogma será entonces un servicio prestado a esta predicación que hace presente a Cristo en la comunidad litúrgica. Y lo presta de dos formas: eliminando modos erróneos de "presentar" a Cristo y explicitando aspectos de esa presencia de que la Iglesia Universal se ha hecho consciente.

Es curioso observar cómo históricamente, el dogma ha evolucionado en esta su función de prestar servicio a la predicación: ya en los comienzos de la Iglesia la proclamación de la Buena Nueva se expresaba en forma de credos. La Iglesia primitiva ha creado fórmulas dogmáticas con el fin de resumir la historia de la salvación y de elaborar un lenguaje adecuado con el cual pudiera ser celebrado en todas las comunidades el

idéntico misterio de Cristo. Con el curso del tiempo, a causa de las controversias y herejías que fueron naciendo en la Iglesia, el dogma prácticamente se ha quedado en la función de eliminarlas o evitarlas. Por otro lado, siempre ha asumido para sus formulaciones las estructuras del pensamiento de la situación histórica correspondiente.

Esto puede indicar que los límites que ha expresado en sus formulaciones, aunque sean verdaderos, nos indiquen solamente una parte de la verdad, y es posible, por lo tanto, que su expresión no sea la mejor, o que tenga que encontrar otra estructura del pensamiento para que se haga inteligible en una situación histórica diferente.

De todas estas consideraciones podemos sacar algunas consecuencias para el Magisterio. Tres exigencias se presentan actualmente a la jerarquía:

A) que su función siga siendo predominantemente kerigmática, es decir, que haga continuamente a Cristo presente en la Iglesia en la totalidad de todos sus aspectos. Que anuncie la Buena Nueva a los hombres en una perspectiva de la historia de la Salvación. La Revelación es la historia de lo que Dios hizo por nosotros y de cómo se hizo presente, y no la síntesis de lo que es Dios en sí. Evidentemente, que por esta historia conozcamos algo de lo que Dios es en sí, pero en definitiva, lo que interesa "en esta vida" es captar la acción de Dios entre nosotros, su presencia, el camino de la Salvación. Esta perspectiva que es verdaderamente bíblica, es también precisamente la única que puede todavía interesar al hombre actual, tan despreocupado de ontologías y deseoso más bien de contacto personal, tan ávido de "salvación" y tan desconfiado de la acción de Dios en su mundo.

Al servicio de este anuncio de la Salvación, Cristo concedió a la Iglesia el

don de la infalibilidad. Hasta el fin de los tiempos, todos los que poseen el carisma de "anunciar" (predicar), entregarán al hombre esta esperanza y esta certeza. Si la Salvación entró en este mundo, su anuncio perdurará infaliblemente.

La certeza de la fe consistirá en fiarse de esta persona que nos salva, en un compromiso total e irrevocable.

En el campo moral, el Magisterio no se preocupara ya de definir una síntesis de la moralidad de cada uno de nuestros actos, de dar respuestas concretas a cada uno de nuestros "problemas de acción" (perspectiva intelectualista), sino de llevar la Buena Nueva a nuestras situaciones concretas y esperar que la presencia de Cristo nos juzgue, nos acuse y finalmente nos perdone.

B) La otra exigencia que se pide al Magisterio es que "rekerigmatice" todas las formulaciones dogmáticas a que haya llegado o vaya llegando, esto es, las ponga al servicio de este hacer presente a Cristo en la comunidad de los fieles.

Si el dogma se pone al servicio del kerigma, entonces cualquier formulación dogmática no correrá el peligro de transformarse en una verdad aislada, verdadera en sí misma, porque está colocada en el contexto más amplio del hacer presente la persona de Cristo, que siempre trasciende el conocimiento que podamos tener de El. Pero, además de este proceso de "centración" de las formulaciones dogmáticas sobre el kerigma, se pedirá al Magisterio que vuelva a darles el significado de su mensaje salvífico.

Esto es, la Revelación primariamente nos ha comunicado este mensaje: qué hizo Dios por nosotros y cómo debemos ir hacia El. Solamente de un modo muy indirecto, nos ha dicho

“quién es Dios” y “cual su naturaleza”. El dogma ha ido marcando los cauces para el proceso inevitable del espíritu humano de descubrir, a través de la acción divina, algo de su esencia. Urge que el proceso sea de algún modo invertido, es decir, que en esas formulaciones dogmáticas sobre la esencia de Cristo, de la Trinidad, de la Iglesia, de los sacramentos, se redescubra su “función” salvífica. Que sean fórmulas que nos digan algo para nuestra salvación, para nuestro encuentro con Dios. Un ejemplo se podría dar, del modo como los Padres presentaban el dogma de las dos naturalezas de Cristo: “lo que no ha sido asumido, no ha sido sanado”, decían; por lo tanto, Cristo ha sido “verdadero” hombre (para asumir) y “verdadero” Dios (para sanar). En estas perspectivas, este dogma es un verdadero kerigma y no una mera información o enseñanza erudita.

C) Centración, perspectiva salvífica y, además, reencarnación en nuestras estructuras del pensamiento: este aspecto de urgente exigencia, ya está demasiado en las mentes de todos y suficientemente reconocido por el Vaticano II, para que nos detengamos

en él. Basta decir, que el Concilio le llama “la ley de toda la Evangelización”.

Esta necesidad de sujetar el dogma a la predicación, como la hemos entendido, no es de modo alguno atentar contra la infalibilidad del Magisterio. Es reconocer sencillamente que esta infalibilidad ha sido dada a una Iglesia peregrinante; es reconocer que el anuncio de la salvación se da en una “historia” en que las situaciones y el lenguaje cambian continuamente.

Y porque en nuestra época, esos cambios son cada vez más veloces, el Magisterio tendrá que comprometerse cada vez menos con determinadas formulaciones. Su función de enseñar deberá ser cada vez más normativa y menos “definitiva”. Es sintomático de esta actitud, que el Vaticano II no haya querido definir dogmas, sino tan sólo, exponer y orientar.

El cristiano que ha puesto su fe en la “persona” que se ha revelado a nosotros, podrá mantenerse firme aunque cambien las formulaciones “sobre” esa persona o quede mucho por saber “sobre” ella.

bibliografía

- G. BAUM, o. s. a., *El problema del Magisterio en la actualidad*: IDO-C, doss. 67-30/31 y 67-32/33.
- G. BAUM o. s. a., *El Magisterio en una Iglesia cambiante*: Concilium 21 (1967) 70-88.
- J. ALFARO, *La fe como entrega personal del hombre a Dios*: Conc. 21 (1967) 56-70.
- H. U. von BALTHASAR, *Verdad y vida*: Conc. 21 (1967) 88-96.
- W. KASPAR, *La relación entre el Evangelio y dogma*: Conc. 21 (1967) 144-157.
- Y. CONGAR, *Cristo en la economía de la salvación y en nuestros tratados dogmáticos*: Conc. 11 (1966) 5-29.
- J. MOUROUX, *Je crois en Toi: la rencontre avec le Dieu vivant*, 1966.